



gará la sangre de sus siervos, y retornará venganza á sus enemigos, y será propicio á la tierra de su pueblo.

Vino, pues, Moisés y habló todas las palabras de este cántico, oyéndolo el pueblo, él y Josué, hijo de Nun.

E Israel cantó desde entonces, con su futura historia, la de las grandes naciones de la tierra. En cuanto á él, colmado de beneficios, y sin embargo, ingrato y rebelde, será castigado; pero el Eterno no le exterminará, le está reservada una bendición final. Las naciones que, ejecutando los designios de Dios respecto de su pueblo, se atribuían la gloria y no se proponían más que la ambición de satisfacerla, serán á su vez visitadas; el estrago, la cautividad, la muerte les esperan; ninguna esperanza les ha quedado. Y de hecho: ¿dónde están ahora los asirios de Nabucodonosor, los medos y los persas de Assuero, los griegos de Alejandro, los romanos de César? Han desaparecido con sus vastos imperios, mientras que despues de treinta ó cuarenta siglos Israel existe todavía para repetir su cántico.

Cuando Moisés acabó de decir estas cosas á todo Israel, concluyó: «Aplicad vuestros corazones á todas las palabras que yo atestiguo hoy delante de vosotros, para que encomendeis á vuestros hijos que guarden, y hagan, y cumplan todas las cosas que están escritas en esta ley; porque no en balde os han sido mandadas, sino para que cada uno viva por ellas; las que ejecutando permanezcáis largo tiempo en la tierra, en donde pasado el Jordan vais á entrar para poseerla.

En aquel mismo dia el Eterno dijo á Moisés: «Sube á ese monte de Abarim, esto es, de los pasajes, al monte Nebo, que está en la tierra de Moab, enfrente de Jericó, y mira la tierra de Canaan, que yo he de dar á los hijos de Israel para que la posean. Y muere en el monte, sobre el cual luego que hubieres subido serás incorporado á tu pueblo, así como Aaron, tu hermano, murió sobre el monte Hor y fué agregado á su pueblo, porque prevaricásteis contra mí en medio de los hijos de Israel en las aguas de la Contradicción, en Cades, del desierto de Sin, y no me santificásteis entre los hijos de

Israel. Verás de frente la tierra que yo daré á los hijos de Israel, y no entrarás en ella (1).»

Moisés, como un padre en el momento de dejar á su familia, dió su bendición á cada tribu, y terminó con estas palabras: «No hay otro Dios como el Dios de Israel; el que está sentado sobre lo más alto de los cielos, es tu protector. Su poder y voluntad es la que mueve de una parte á otra las nubes, su morada es la eternidad, los siglos están bajo su mano. Arrojará de tu presencia al enemigo, y dirá: Sé exterminado. Habitará Israel confiadamente; la fuente de Jacob correrá sola en tierra de trigo y de vino; los cielos que la cubren se oscurecerán con el rocío. ¡Bienaventurado eres tú, Israel! ¡Quién como tú, ¡oh pueblo! que eres salvo por el Señor! Él es el escudo de tu defensa, y la espada de tu gloria; te negarán tus enemigos, y tú los pisarás los cuellos (2).»

Subió, pues, Moisés de las llanuras de Moab sobre el monte Nebo, á la cumbre del Fasga, enfrente de Jericó; y mostróle el Señor toda la tierra de Galaad, hasta Dan, y toda Neftalí, y la tierra de Efraim y de Manassés, y de toda la tierra de Judá hasta el mar occidental y la region del Mediodía, y el espacioso campo de Jericó, ciudad de las palmas, hasta Segor. Y díjole el Señor: «Esta es la tierra por la que juré á Abraham, á Isaac y á Jacob, diciendo: A tu posteridad la daré. La has visto con tus ojos y no pasarás á ella.» Y murió allí Moisés, siervo del Señor, en tierra de Moab, mandándolo el Señor. Y le enterró en el valle de la tierra de Moab, enfrente de Fogor, y ninguno ha sabido á esta fecha el lugar de su sepultura. Moisés tenía ciento veinte años cuando murió; sus ojos no se habían oscurecido, sus fuerzas no le habían abandonado. Y los hijos de Israel le lloraron en la llanura de Moab durante treinta dias (3). Hoy todavía los dispersos restos de Israel lloran todos los años la muerte de Moisés.

En la época en que murió el legislador de esta nación siempre viviente, no se ve historia

(1) Deut., 32.

(2) Ibid., 33, 26-29.

(3) Ibid., 34, 1-8.



cierta y continuada entre ningún pueblo. Los que más tarde se hicieron célebres, los griegos y los romanos, no existían todavía. La mayor parte de los personajes que honraron en seguida como dioses, no habían nacido aún. La Grecia aparece entonces habitada por bárbaros sin letras y sin agricultura. No les había llevado Cadmo todavía el alfabeto de Fenicia; ni Ceres les había enseñado aún á cultivar los campos. Troya no había sido fundada todavía; Roma no lo fué sino siete ú ocho siglos despues.

En los anales del género humano, no hay ningún hombre semejante á Moisés. A través de treinta y cuarenta siglos, un pueblo humanamente inexplicable recuerda de él continuamente el nacimiento, la vida, la muerte, los prodigios, las leyes, en sus fiestas, sus usos, sus ceremonias; lee con tal respeto el código que ha contado todas sus letras. Los cristianos, que desde hace mil ochocientos años constituyen la más esclarecida y la más ilustre porción de la humanidad, le celebran como el mediador de la antigua alianza, como el gran enviado de Dios para afirmar y fortalecer la verdad en el mundo, y prepararle á la venida del Redentor. Los árabes, los turcos, los persas le veneran como un profeta del Altísimo. Los griegos y los romanos, aunque generalmente poco exactos en materia de historia, concuerdan sin embargo, segun ya lo hemos visto, para representárnosle como un personaje extraordinario y como el legislador de los hebreos.

Recordar á los hombres la primera de todas las verdades, que existe un Sér Supremo, Creador del cielo y de la tierra y Soberano Señor de todas las cosas; prescribirles ante todo el primero de todos los deberes, adorar á este Dios Soberano y no servir más que á él; someter á sus adorables leyes, así á la nación como al individuo, al rey como al esclavo; constituir un pueblo con sus dogmas; pasear este pueblo libertándole de la esclavitud, sacudirle entre el universo como una antorcha que no podrá apagarse; conservar de esta suerte al género humano la sabiduría, la razón, la dignidad, la verdadera religion: hé aquí lo que no ha hecho ningún humano legislador; hé aquí lo que ha hecho Moisés, ó más bien, hé aquí lo que ha he-

cho por medio de Moisés Dios mismo. Segun Cristo, nada ha aparecido sobre la tierra tan grande como Moisés. Moisés y Cristo; Dios solamente podia mostrarnos esto.

Ningun hombre se olvidó tanto de sí mismo para servir á los hombres.

Nada más ingrato para con Moisés que el pueblo judío; nadie mejor para el pueblo judío que Moisés. Por todas partes no se oyen más que murmuraciones. De las amenazas, pasa á los hechos. Todo el pueblo gritaba y queria apedrearle. Pero durante este furor, defiende su causa delante del Señor, que queria perderle. «Yo les heriré con peste, y les exterminaré, y te haré príncipe de una gran nación más poderosa que esta.» «Sí, Señor, respondió Moisés, á fin de que los egipcios no blasfemen contra vos. Glorificad más bien vuestro poder, ¡oh Dios paciente y de gran misericordia, y perdonad á este pueblo segun vuestras infinitas bondades!» No responde solamente á las promesas que Dios le hace, ocupado en el peligro de este pueblo ingrato y olvidándose siempre de sí mismo. Más bien se ofrece por ellos. «Señor, ó perdonadles este pecado, ó borradme de vuestro libro.»

Y despues de tantos trabajos, despues de haber soportado la ingratitud de este pueblo durante cuarenta años, para conducirle á la tierra prometida, es de ella excluido; Dios mismo se lo manifiesta, así como que este honor estaba reservado á Josué. En cuanto á Moisés, le dice: «No serás tú el que introducirás este pueblo en la tierra que le daré.» Como si le dijera: «Tú has puesto el trabajo y otro recogerá el fruto.»

Dios le indica su próxima muerte; Moisés, sin asombrarse y sin pensar en sí mismo, le ruega solamente mire por el pueblo. Que el Dios de todos los espíritus provea de un conductor á esta multitud, que pueda marchar delante de ella, llevarla y traerla, temiendo que el pueblo del Señor fuese como rebaño sin pastor.

Le ordena una gran guerra en estos términos: «Tú vencerás el pueblo de los madianitas y despues morirás.» Quiere hacerle saber que no trabaja para él mismo, sino que es para otros. Al punto, y sin decir una palabra sobre su próxima muerte, Moisés da sus órdenes para la guerra y la acaba tranquilamente.



El poco tiempo que le queda de vida le ocupa en enseñar al pueblo y en darle las instrucciones que componen el Deuteronomio, y despues muere sin recompensa alguna sobre la tierra, en un tiempo en que Dios les daba tan liberalmente. Aaron tiene el sacerdocio para él y para su posteridad; Caleb y su familia son recompensados magníficamente; los demás reciben otros dones; Moisés, nada; no se sabe lo que viene á ser de su familia. Es un personaje público nacido para el bien del universo (1).

Muere este hombre, á quien hablaba Dios cara á cara, como un amigo á otro amigo; muere: ¿y de qué muerte? A la vista del pueblo que él ha salvado, sube á la cima del monte, acompañado, segun la tradicion hebráica, de Josué, su sucesor, del gran sacerdote Eleazar y del consejo de los ancianos (2). Llegado á la cima, Dios le hace ver la herencia prometida. Pero lo que le hace dichoso, no es tanto lo que ve como el que se lo muestra. En otro tiempo habia pedido contemplar su gloria; le habia sido respon-

(1) Bossuet, *Politique tirée, etc.*, lib. III.

(2) Josefo, *Ant.*, lib. IV, c. VIII, *in fine*.

dido: «Ninguno me verá que no muera.» Su voto sin duda se cumplió entonces. Vió á Dios, y murió. Su alma, unida sin intermedio á Aquel que es, se desprendió de su mortal envoltura. Murió así, no de muerte, sino de vida, amado de Dios y de los hombres (1); amado de Dios, que le llamaba su amigo; amado de Dios, que sepultó su cuerpo por ministerio del jefe de los ángeles (2); amado del Cristo, que ante el dia de los dias, le resucitará este cuerpo glorioso é inmortal, conversará con él, sobre el monte santo, del misterio de la eterna misericordia, y entrará con él triunfante á lo más alto de los cielos; amado de los hombres, á quienes Dios oculta el lugar de su sepultura, por temor de que en el exceso de su reconocimiento no hagan de él un Dios; amado de los hombres, que, despues de Dios, le deben lo que de más precioso tienen: la razon y la religion verdaderas; amado de los hombres, que, despues de Dios, le deben el saber de dónde proceden, adónde van, lo que son y lo que deben ser.

(1) Eccli., 45.

(2) *Epist. Juda.*, 9.

## EPOCA SEGUNDA

### LIBRO SEXTO (1)

JOSUÉ

#### CAPITULO I

Relaciones entre los dos poderes, segun la tradicion universal: consecuencias.—Principios teocráticos de la constitucion hebráica.—Testimonio de los hombres y testimonio de Dios sobre este punto.—Continuidad del sacerdocio é interrupcion del poder civil en Israel.—Explicacion del estado presente de las cosas

Moisés, fiel intendente de toda la casa de Dios, ha ido á recibir del dueño su recompensa. Esta casa, que es el pueblo de Israel, la ha dejado bajo la direccion de dos poderes: uno espiritual, Eleazar; otro temporal, Josué. Estos dos poderes, distintos uno de otro, dimanar por él de la fuente primordial, que es Dios, su Verbo, pontífice eterno y príncipe de los reyes de la tierra (2).

El poder espiritual dirige las almas hácia el fin para el cual Dios ha criado al hombre. El poder temporal vela sobre los cuerpos para conservar su santidad y seguridad, á fin de que el hombre pueda más libremente alcanzar su último fin. Como el fin para el cual está hecho el cuerpo se halla subordinado á Aquel para el cual está destinado el espíritu, los poderes que dirigen á uno y otro fin están natu-

ralmente subordinados el uno al otro en la misma proporcion.

Tal es la doctrina cristiana sobre la subordinacion entre los dos poderes. Y es de notar que los doctores que se expresan sobre este punto de la manera más terminante, son: Santo Tomás, Alejandro de Alés, Hugo de Saint Victor, la gloria de la antigua escuela de Paris, é Ivo de Chartres, la gloria y el modelo del episcopado francés en el siglo XI (1).

Este último escribía á Enrique I, rey de Inglaterra: «No se administra nada bien, si el imperio y el sacerdocio no están de acuerdo. Advertimos, pues, y conjuramos á vuestra alteza para que deje libre curso á la palabra de Dios en el reino que os ha sido confiado, y para que siempre os acordeis que el reino de la tierra debe estar sometido al celestial reino, que ha sido confiado á la Iglesia; porque del mismo modo que los sentidos deben estar sometidos á la

(1) Véase á Rorbacher, ilustre historiador católico, cuya relacion seguimos en esta materia, tomando sus observaciones, como modelo de la más elevada exposicion.

(2) Heb., 7; Apocal., 1, 5.

(1) *Summa*, S. Th., 22 q., 60 a. 6, ad. 3. Abens., part. 3.<sup>a</sup>, quest. 40, membr. 2. Hugo Victorin., lib. II, *De Sacram. Ad. Chri.*, parte 2.<sup>a</sup>, c. IV.